

Jóvenes para el nuevo siglo

RODRIGO TUPPER A.

Vicario de la Esperanza Joven
.....

¿Cómo invitar a los jóvenes, verdaderos habitantes del nuevo milenio, a prepararse para el nuevo siglo? Esta es la pregunta que desde hace tiempo nos hacemos en la Vicaría de la Esperanza Joven. Ya sabemos los contenidos de nuestra evangelización: queremos mostrar a los jóvenes el amor de Dios, para que conociendo ese amor, crean en él. Por eso ahora queremos responder a cómo hacerlo.

Extraño privilegio el que nos ha tocado. Vivimos tiempos excepcionales. El fin de siglo, el nacimiento de un nuevo milenio, recorre y remueve al pensamiento y la emoción de hombres y mujeres, en toda la tierra, de todas las razas, ocupaciones, religiones y condiciones sociales.

Y como en el viejo cuento del vaso medio vacío o medio lleno, algunos se estremecen ante el siglo que termina y otros se llenan de esperanzas por el que viene.

Por un lado, renacen los agoreros del fin del mundo, los profetas de la catástrofe, los centinelas del Apocalipsis. Esta actitud no sólo se manifiesta en la creencia del fin físico del mundo. De manera mucho más concreta, se traduce en una mirada negra de nuestros días, en los que cundiría la inmoralidad

y el desenfreno, la corrupción y el engaño, los jóvenes están perdidos, los viejos no tienen lugar y entre los adultos se extiende la indiferencia y la angustia.

Sin embargo, y gracias a Dios, existe otra mirada para nuestro tiempo. La que no niega las dificultades y los problemas, pero justamente por ello, se plantea el nuevo siglo como una posibilidad abierta, como un mundo que se muestra lleno de caminos para el cambio. Desde esta perspectiva, es posible ver los miles de gestos cotidianos que dan fundamentos a nuestra esperanza: la solidaridad y la centralidad del amor, la vocación de servicio, la búsqueda de la verdad, la lucha por el respeto a la naturaleza, los jóvenes que celebran la vida y que comparten, los avances científicos y tecnológicos que mejoran la calidad de nuestras vidas, que nos comunican y nos acercan.

En este contexto nos ha tocado vivir. En este tiempo, la Iglesia está llamada a ser presencia viva y concreta del Señor. El Santo Padre ha recogido maravillosamente esto en su Carta Pastoral *Tertio Millennio Adveniente*. En ella, nos ha invitado a “celebrar” el “Jubileo” del 2000. Para la Iglesia, el nuevo siglo es una alegría, una fiesta y una enorme esperanza.

¿Cuáles son los métodos, las formas, los caminos? Sabemos que esta será una pregunta eterna. Especialmente cuando se trata de evangelizar el mundo juvenil.

INCULTURACIÓN Y TESTIMONIO

El Papa Pablo VI nos decía que “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que

enseñan es porque dan testimonio." (E.N. 41). En esta extraordinaria frase hay una intuición que es muy importante para la tarea evangelizadora de la Iglesia en medio de los jóvenes. Nosotros queremos evangelizar y no imponer nuestros criterios y nuestras ideas: vamos a invitar a enamorarse de Jesucristo, sabiendo que es el mismo Señor el que enamora y el que invita a ser discípulos suyos.

Cuando el Señor entusiasma a alguien, cuando enamora a alguien, cuando lo evangeliza en el corazón, le muestra con simpatía un camino mucho mejor, que es el camino de la Civilización del Amor. No les pide a los evangelizados la Proclamación de un Credo de la fe, porque eso es posterior, sino que le pide un cambio interior de vida. Pero lo hace respetando su cultura, y su historia, y también lo hace exigiendo. A diferencia de lo que suele creerse, los jóvenes saben que el evangelio es exigente, y eso les atrae. Los jóvenes no gustan de las tibiezas o las medias tintas.

En esto la Iglesia tiene que ser muy atractiva y muy testimonial para que sea creíble, atenta a las preocupaciones y anhelos de los jóvenes de nuestro tiempo. Es fácil criticar y escandalizarse por el estilo de vida que llevan los jóvenes,

por las ropas que visten y la música que escuchan, sin embargo estoy convencido de que si no nos dejamos empapar por esta nueva cultura juvenil, difícilmente podrán reconocer y enamorarse de Jesús y comprender su evangelio.

EL PROYECTO DE VIDA Y LA COMUNIDAD

A los jóvenes de nuestro tiempo les preocupa particularmente el tema de sus proyectos de vida. Buscan, con grandes frustraciones muchas veces y con experiencias mal logradas otras, desarrollarse y crecer como personas.

En medio de un mundo lleno de "ofertas" de vida, debemos mostrar a los jóvenes la mejor de las ofertas: la vida de fe. Los jóvenes están definiendo los aspectos de su vida que les acompañarán para siempre: qué van a estudiar, quiénes son sus amigos, con quién van a pololear o casarse, cuál es el Dios en el que creen, dónde van a vivir y trabajar, van a usar drogas o no. Si la Iglesia no se hace presente en ese momento, con fuerza para invitar pero con inmenso respeto para escuchar y acompañar, no podrá quejarse de que los jóvenes se alejen.

La privatización de la vida, el individualismo amenazante y la imposibi-

lidad de vivir acogedoramente la vida, hace de la comunidad eclesial un lugar privilegiado para acoger, y sobre todo para salir a buscar a estos jóvenes, como un modelo fascinante y facilitador de una vida buena y humana.

Aquí se nos plantea una exigencia que es muy grande, nos desafía en nuestra capacidad de acoger verdaderamente, sin imponer criterios personales o repitiendo antiguas recetas y añejos discursos. Muchas veces nos conformamos con pequeños cambios frente a una era que navega por Internet y que en fracciones de segundo se interrelaciona con lugares y espacios que hasta no hace mucho tiempo eran inaccesibles incluso para los más informados y poderosos.

Nosotros tenemos que aprender mucho más de la metodología de Jesús. Este es un desafío esencial: nadie puede estar tranquilo hasta que el joven más reticente no ame y conozca a Jesús como el único Señor que puede darle un proyecto de vida lleno de ideales y de sentido. La vida eclesial, el testimonio personal de vida, la predicación del Evangelio, la persona de Jesús continúan cautivando a los jóvenes de hoy y del mañana.

Que la persona de Jesús sea cada vez más conocida, amada y seguida por los jóvenes de nuestra Arquidiócesis, es una tarea desafiante que nos llena el corazón de entusiasmo y que nos invita a estar siempre atentos a lo que Dios nos está pidiendo.

Ante este desafío creo que es importante pedir la gracia del desinstalarnos para que nos dejemos cautivar con ternura y con amor por la vida de los jóvenes de nuestro tiempo. La tarea de la eclesialidad, de la fe, del futuro, del anuncio de Jesús, de la cultura y de la juventud requieren hoy día de una singular lucidez de nuestra parte para que no nos acostumbremos a vivir de las costumbres. **M**



LA IGLESIA TIENE QUE SER MUY ATRACTIVA Y MUY TESTIMONIAL PARA QUE SEA CREÍBLE, ATENTA A LAS PREOCUPACIONES Y ANHELOS DE LOS JÓVENES DE NUESTRO TIEMPO.